

*Manuel de Falla, encore que chez lui l'influence des chants populaires de son pays soit moins vive que chez ses illustres compatriotes.*

Victoria quiso conocer a aquel músico extraordinario al saber que vivía en París. Y ahí empezó todo.

Pero después de contraído matrimonio llegó una época de crisis, en la economía occidental y, por supuesto, en la española. Tanto la familia de Victoria como la de Joaquín se vieron inmersas entonces en serios problemas financieros y la pareja de recién casados no tuvo otro remedio que separarse, después de haber pasado unos meses felices en un piso de la calle Castelló. Joaquín había sido nombrado profesor interino del Colegio de Ciegos de Madrid, pero no cobraba. La situación era insostenible. Él volvió a Valencia y durante el verano de aquel año (1933) se trasladaron a la casa familiar de Estivella, donde el trasiego de hermanas, cuñados y sobrinos no le dejaba trabajar. En otoño las cosas mejoraron, pero Estivella los aislaba del mundo artístico, fuese el madrileño o el parisiense. El 19 de enero de 1934, primer aniversario de su boda, Vicky partía con su madre, que había llegado a su ayuda, camino de París. Joaquín, sin dinero, no pudo acompañarlas. Pero en los meses de soledad que siguieron la inspiración fue su compañía y pudo terminar obras de la importancia de su despojado y esencial *Cántico de la esposa*, sobre las cuatro primeras estrofas del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, y el poema sinfónico *Per la flor del liri blau*, casi una sinfonía en un solo movimiento. No volverá a componer una obra puramente orquestal tan extensa, y sólo *A la busca del más allá* (1977), dedicada a los astronautas de la NASA, puede acercarse a ella.

A partir del 9 de noviembre de 1940, día del triunfal estreno del *Concierto de Aranjuez* en Barcelona, la carrera de Rodrigo como autor fue ya ininterrumpida y sus obras han interesado tanto dentro como fuera de España. El *Concierto de Aranjuez* fue escrito en París, donde Rodrigo pudo reunirse de nuevo con su esposa a comienzos de 1935 gracias a una beca Conde de Cartagena otorgada por la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Los tiempos eran otros y el avance del nazismo y del fascismo amenazaban la siempre difícil estabilidad europea. Durante un viaje a Salzburgo en el verano de 1935, compuso la *Sonata del adiós* para un número especial de la *Revue Musicale* en homenaje a Paul Dukas, que acababa de fallecer. En ese mismo número colaboraron además Falla, Messiaen y otros destacados maestros, lo cual es un claro signo de la importancia concedida al músico saguntino antes de ser el autor del *Concierto de Aranjuez*, algo ignorado por muchos.

En París aprovechó Rodrigo ahora para mejorar sus conocimientos sobre historia de la música, tema que siempre le interesó. Se apuntó a las clases

de Maurice Emmanuel en el Conservatorio ya las de André Pirro en la Universidad de la Sorbona. Pero aquellos días despreocupados duraron poco. La guerra civil había estallado en España y la beca quedó en suspenso. Rodrigo llegó a pensar en trasladarse a México junto a su condiscípulo José Rolón (1883-1945), el ilustre autor del poema épico *Cuauhtémoc*. Al final, como la noticia les había llegado durante un viaje por Alemania, él y Vicky se quedaron en Friburgo a esperar noticias. Éstas eran cada vez más alarmantes y gracias a la acogida que les dio allí el Instituto de Ciegos pudieron sobrevivir.

Fue un año muy feliz para el matrimonio. Hicieron algunas excursiones por la Selva Negra. «Todo invitaba a la aventura», ha contado el propio Rodrigo. Pero también en Alemania las cosas se ponían negras y pronto llegó una orden de expulsión para aquellos «refugiados españoles».

Otra vez en París, se instalaron en un modesto hotelito de nombre premonitorio, Delambre, en pleno barrio de Montparnasse. Joaquín tuvo que buscarse la vida escribiendo música publicitaria y haciendo arreglos para conjuntos de café o para tonadilleras en boga. Perdieron un primer hijo antes de que naciese y llegaron a pensar en empeñar el piano. Sin embargo, en la primavera parisiense de 1939, en la casa del Barrio Latino, no lejos del jardín de Luxemburgo, iba naciendo el *Concierto de Aranjuez*. En septiembre de aquel año, el matrimonio decide poner su hogar definitivamente en Madrid. El maestro no ha cumplido 38 años y es nombrado jefe de la Sección de Arte y Propaganda de la Organización Nacional de Ciegos de España. A la vez participa en actividades musicales en Radio Nacional e inicia sus colaboraciones como crítico musical. Años después ejercerá la crítica en el diario *Pueblo*, en el diario *Madrid* y, asómbrense, en el diario deportivo *Marca*. En 1947 se hará cargo de la Cátedra de Música *Manuel de Falla* en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, donde quien esto escribe recuerda sus clases de historia de la música con admiración y agradecimiento.

Desde el estreno en Madrid del *Concierto de Aranjuez* (12 de febrero de 1941), Rodrigo se convierte en el músico español de su tiempo que se ha dedicado con mayor éxito y regularidad a las tareas compositivas entre cuantos permanecían activos en la España de la posguerra. Su obra participa de los planes de renovación del lenguaje de la música española propuestos por los miembros de la Generación del 27, así llamada por homologación con la generación literaria que cerró filas en torno al centenario de Góngora, conmemorado en 1927. Estos planes comprendían un acercamiento a las disciplinas intelectuales, una objetividad que propiciara un nuevo neoclasicismo, un afán de perfección, de obra bien hecha, y el recha-

zo de toda grandilocuencia y farragosidad. En definitiva, querían despojar a la música de sublimidades.

Dentro de la obra de Joaquín Rodrigo hallamos numerosas obras maestras entre sus más de ochenta canciones, pero también en sus piezas de piano, de cámara, corales, orquestales, en su música incidental para la escena y el cine, e incluso en pasajes de sus obras destinadas al teatro lírico. La creatividad de Rodrigo es sumamente versátil. Entre las obras para canto y piano, recordemos, por ejemplo, el *Cántico de la esposa* sobre San Juan de la Cruz; los *Cuatro madrigales amorios*, donde nos propone no ya el retorno a nuestro Renacimiento, sino una nueva valoración del arte español de nuestra época; los *Tres Villancicos*, las diez canciones *Con Antonio Machado*, etc.

Joaquín Rodrigo era un excelente pianista y ya en plena juventud, a los 20 años, fue capaz de componer el *Homenaje a un viejo clavicordio*. Su obra para piano, estudiada con detalle por Antonio Iglesias, incluye partituras de factura magistral. Así el *Preludio al gallo mañanero*, la *Sonata de adiós* a la muerte de Paul Dukas, *À l'ombre de Torre Bermeja*, las *Cuatro Estampas Andaluzas*, las cinco *Sonatas de Castilla* (con toccata a modo de pregón), y ese etéreo *Preludio de añoranza* final, todo intimismo y delicadeza.

En la música de cámara merecen citarse la *Sonata Pimpante* para violín y piano, y la *Sonata alla breve*, para violonchelo y piano. De la *Sonata Pimpante* se ha dicho que era exactamente una imagen de su título: pimpante, saltarina, centelleante y ligera; cualidades todas muy presentes en la obra del maestro, sin que lo de ligero tenga el mínimo sentido peyorativo. El propio Rodrigo ha dicho: «Soy partidario de un arte claro, alegre, profundo, sí, pero no farragoso». Entre las obras corales con orquesta ha ganado merecida fama la *Música para un códice salmantino*, basada en la *Oda a Salamanca* de Unamuno y el *Cántico de San Francisco de Asís*. En cuanto a las obras orquestales, no podemos olvidar ese vigoroso homenaje a Luys Milán, vihuelista valenciano del siglo XVI, que Rodrigo tituló *Zarabanda lejana*, y los refinamientos armónicos de las cuatro *berceuses* que conforman *Música para un jardín*. Es difícil resumir la trayectoria de un artista tan personal y extraordinario como Rodrigo. Desde *Per la flor del Illiri blau*, poema sinfónico de corte postromántico, hasta *A la busca del más allá* y *Palillos y panderetas*, se extiende un paisaje musical de muy variados tintes, pero de una incuestionable coherencia estilística. En el plano sinfónico, no obstante, las mayores consecuencias del maestro español se han producido en el campo de la música concertante. Bastaría citar los títulos de *Concierto de Aranjuez*, *Fantasía para un gentilhombre*, *Con-*

*cierto Madrigal, Concierto Andaluz, Concierto para una fiesta*, todos ellos con una, dos y hasta cuatro guitarras solistas; el *Concierto Heroico*, para piano; el *Concierto in modo galante* y el *Concierto como un Divertimento*, ambos para violonchelo; el *Concierto de Estío*, para violín; el *Concierto Serenata y Sones de la Giralda*, para arpa y el *Concierto Pastoral*, para flauta.

Grandes solistas han sido, en ocasiones, los peticionarios de estas obras y sus felices destinatarios. Primerísimas orquestas fueron vehículo de esta singular obra creadora, a la que conviene acercarse sin toma de posición alguna, libres de prejuicios. Estamos ante el arte de un soñador de la Naturaleza y del pasado, un hombre de cultura para quien la profundidad en música nunca fue sinónimo de abstrusas elucubraciones armónicas o formales. Para él, claridad y alegría, ligereza y gracia no son enemigas de la hondura. Él ha respondido a quienes adscribieron su música al neoclasicismo que prefiere ser llamado neocasticista pues siempre creyó en la personalidad de la música de su país frente a la del resto de Europa y quiso proseguir el camino emprendido por los compositores que, desde el siglo XVIII y aún antes, dieron lustre a la escuela hispana.

Su obra, sin dejar de ser muy del siglo XX, se incardina en las fuentes más remotas de la cultura española. Permanece tan llena de vida, tan atractiva y mágica, como cuando salió de la mente y el corazón de aquel hombre puro y sin vanidad que se llamó Joaquín Rodrigo.



Caracas.